

# ORANDO CON LA PALABRA

( Domingo 2º de Cuaresma )

“ Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo. Se les aparecieron Elías y Moisés conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús :” Maestro, qué bien se está aquí!. Vamos a hacer tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. Estaban asustados y no sabía lo que decían . Se formó una nube que los cubrió y salió una voz de la nube:” Este es mi Hijo amado, escuchadlo”. De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús , solo con ellos. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó :” No contéis a nadie lo que habéis visto hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos “. Esto se les quedó grabado y discutían qué querría decir aquello de resucitar de entre los muertos”.

( Mc. 9, 2-10 )

En el caminar, en este tiempo de Cuaresma, la Palabra nos acerca hoy a la experiencia de encuentro con Jesús transfigurado que vivieron Pedro, Santiago y Juan. Jesús los lleva a la montaña, busca un espacio de silencio y quietud dónde puedan descubrir y saborear que el compañero, al que siguen por los caminos de Galilea, tiene la fuerza de iluminar sus vidas y que en Él, se hace presente la Palabra, para que, escuchándola y acogiéndola, sus vidas queden también transfiguradas, limpias, transparentes como la luz y la verdad.

En el misterio de la presencia del Padre, resuena : “Este es mi Hijo, amado, escuchadlo”. Y escucharle, podría y debería ser una buena tarea siempre, pero especialmente en este tiempo de cuaresma.

Para caminar con Jesús hacia la Pascua, hemos de escucharle, estar atentos a su Palabra, acogerla, interiorizarla, dejar que empape sentimientos y actitudes, dejarnos conducir e iluminar por ella, en el cada día, en el abrir el corazón a las necesidades del otro, en el tomar postura ante la vida y ante las realidades humanas que siguen dejado a los más débiles sin futuro y sin esperanza.

Que nos dejemos llevar a la “montaña”, que descubramos espacios de silencio y quietud dónde, transfigurados en su Presencia, podamos intuir y hambrear lo que supone vivir en Él y en plenitud.

Que hagamos camino hacia la Pascua, abiertas a la escucha de la Palabra y de la vida.

## ORACIÓN

En el ruido  
de mi acontecer cotidiano,  
me ofreces, Señor,  
subir a la montaña.

Quieres mostrarme tu rostro  
transfigurado  
en la luz de tu verdad,  
fortalecerme  
con tu presencia gratificante,  
para que sea experiencia  
que me guíe e impulse  
en momentos de dificultad.

En el caminar de esta cuaresma,  
quiero subir contigo  
a la montaña.  
Quiero y necesito  
respirar con tu aire,  
sentirme habitada  
por tu presencia,  
reconciliada en tu Misericordia.

Quiero y necesito  
mirarme,  
desde la luz serena  
que brota de la montaña  
y encontrarme con mi verdad,  
con los sentimientos  
que impulsan mis actos,  
con mis temores y mis desconfianzas,  
con mis luces y mis sombras.

Quiero y necesito  
agradecer ,  
desde la paz profunda  
que me envuelve en la montaña,  
la vida que me regalas,  
la posibilidad  
de entregarla,  
de recrearla cada día,  
de saborearla  
en los proyectos  
y los sueños compartidos.

Quiero y necesito  
contemplar desde tu montaña,  
la realidad que viven y sufren

nuestros hermanos más débiles,  
y bajar y acercarme a ella  
para sufrirla, para acompañarla,  
para compartirla y asumirla  
como llamada y compromiso  
de tu proyecto de Reino.

Y en el misterio de la montaña  
la voz del Padre  
resuena sobre ti:  
“Este es mi Hijo amado,  
escuchadle”.

Queremos escucharte, Señor,  
estar atentos a tu voz,  
acoger tu Palabra  
que siempre ilumina  
el cómo y el hacia dónde caminar.  
Dejar que, con tu Palabra  
entre de nuevo, en nosotros  
tu mensaje, tus actitudes,  
tu modo de acoger,  
de levantar, de sanar  
de denunciar,  
de perdonar.  
Que al escucharte,  
interiorizando y en silencio,  
tu Palabra vaya imprimiendo en nosotros  
los valores del Reino.  
Que nos haga lúcidos y humildes,  
honestos y coherentes  
para ser reflejo sencillo  
de tu luz y tu verdad.

¡Llévanos, Señor a la montaña!  
que tu rostro transfigurado  
nos impulse a buscar la plenitud,  
en ti.  
El camino para alcanzarla, es claro:  
escucharte, acogerte,  
vivirte.

Amén.

(Hna. F.Oyonarte)

